

**Reinaldo Laddaga:**

**La literatura en la declinación de la cultura del libro**

[Texto de la intervención de Reinaldo Laddaga en el seminario-encuentro [Literatura y después. Reflexiones sobre el futuro de la literatura después del libro](#) (Sevilla, 17 – 19 de abril de 2012) incluido dentro del programa de [UNIA arteypensamiento](#)]

# LA LITERATURA EN LA DECLINACIÓN DE LA CULTURA DEL LIBRO

## Reinaldo Laddaga

Como estoy al principio de tres días de sesiones que seguramente van a ser muy productivas para todos nosotros, prefiero, más bien que proponer las conclusiones que pueda haber sacado al pensar en la cuestión que nos reúne, mencionar algunas cosas que me parece que sería útil que tuviéramos presentes en nuestra conversación.

"La declinación de la cultura del libro": ¿qué quiere decir esto? La frase se refiere a cierta impresión que la mayor parte de nosotros tenemos: la impresión de que el prestigio de una cierta forma de comunicar construcciones de lenguaje es menor que lo que era. Por eso, creemos, las personas "leen menos", es decir, leen menos libros y también menos artículos extensos y otros formatos libresco. Y pensamos también que estas mismas personas no recurren a los vehículos impresos para realizar los actos de interpretación y reconstitución de sí que pensamos que solían: no aprenden cómo se es una persona mediante la lectura de libros. Y queremos decir que no desarrollan los hábitos que esta práctica exigía: paciencia, constancia, concentración, tolerancia a los obstáculos hermenéuticos.

Como pensamos que estos hábitos son deseables, solemos ver la declinación de la cultura del libro como un proceso de pérdida de virtudes. Cuando estas virtudes nos parecen condiciones para una convivencia social saludable (cuando la tolerancia a los obstáculos hermenéuticos nos parece una preparación para la coexistencia de individuos y grupos y la constancia un signo de confiabilidad), la impresión que nos queda es la de una declinación general de las virtudes cívicas. Por eso, para muchos de nosotros "la declinación de la cultura del libro" es una expresión que despierta una reacción depresiva. Y para los que identificamos nuestras posibilidades de tener una vida satisfactoria, desde la perspectiva de la subsistencia material, de la obtención de recompensas simbólicas o simplemente de vivir en sociedades como nos gustan, para los que identificamos nuestras posibilidades de tener una vida satisfactoria con la persistencia de las instituciones de la cultura del libro, la reacción puede ser no solo de depresión sino de pánico. Nos sentimos acosados y este acoso nos hace difícil pensar en el asunto en los términos que son, probablemente, más útiles: teniendo en cuenta lo imprevisible del futuro, incluso el más inmediato.

Algo que debiera recordarnos la general futilidad de hacer pronósticos demasiado fuertes sobre la manera como procesos que están en curso van a continuar es precisamente el desarrollo de las relaciones entre textos y tecnologías digitales. Si no recuerdo mal, hace diez o quince años,

cuando hablábamos de "la declinación de la cultura del libro" pensábamos en lo que vendría, lo que ya estaba viniendo con la expansión del Internet. Por entonces oponíamos un modelo libresco de comunicación de lo escrito a otro modelo, hipertextual. El primero, propendíamos a decir, era lineal, el otro multidireccional; el primero solicitaba una recepción pasiva, el otro la interacción; el primero favorecía la fijeza de los textos, el segundo la mutabilidad; el primero favorecía el cierre de las partes sobre sí mismas, el segundo la vinculación de todo con todo. El mismo diagnóstico era el punto de partida para evaluaciones positivas o negativas.

Las evaluaciones positivas eran usualmente enunciadas por intelectuales y artistas que se veían como miembros de una cierta vanguardia, pero lo cierto es que la mayor parte de las veces los valores que movilizaban eran los de ese momento terminal del proyecto estético moderno que son los escritos de Deleuze, Foucault o Barthes. Otras veces, la fuente de las evaluaciones era una pasión no necesariamente reflexiva por posiciones contraculturales. En cualquier caso, la crítica del libro estaba articulada la mayor parte de las veces con la crítica del sujeto y la afirmación de la posibilidad de un modo de ser que no cediera a los imperativos de unidad, continuidad y coherencia al nivel de la biografía personal que se asociaban con las sociedades burguesas o disciplinarias, según el vocabulario que las describiera. En cuanto a las evaluaciones negativas, muchas veces encontraban en el desarrollo del Internet y en la impresión o anticipación de la transferencia de los lectores a ese medio otro capítulo en la historia de la banalización de la lectura, la renuncia al ejercicio crítico, la tentación de ceder a las facilidades de la imagen que se asociaban con el momento posmoderno.

Me parecía curioso por entonces y me parece curioso todavía que muchas de estas evaluaciones provinieran del campo de los profesionales. De los profesionales que nosotros, los que participamos en este simposio somos. ¿O no? ¿Somos de verdad profesionales? No estoy seguro de qué manera piensan estas cosas ustedes, pero lo que es yo nunca sé que decir cuando me pregunto esto: ¿es que soy un profesional? Si me pongo a pensar en el asunto, concluyo que, en tanto que profesor universitario, me veo como un profesional, mientras que en tanto que productor de ficciones o memorias, bueno, generalmente no. Pienso que esta configuración debe ser bastante común. Y justificada: en tanto que profesor universitario me pagan, en tanto que escritor no (o me pagan tan poco que es casi peor que si no me pagaran).

Este arreglo es parte de la cultura del libro también. Es la parte más escandalosa. Recordemos el síndrome: los principales creadores de valor, la gente que se pone a alinear palabra tras palabra para producir un objeto de lenguaje capaz de producir efectos de verdad y placer, son los que reciben la parte menor de las recompensas materiales disponibles en el sistema. Claro que hay otra cosa que, además de la considerable satisfacción que es propia de la actividad,

compensa nuestros esfuerzos: somos los que recibimos la parte mayor de los beneficios simbólicos (reseñas, premios, invitaciones a residencias o congresos). Los dos aspectos conspiran uno con el otro y componen un esquema de expectativas que produce, yo creo, un nivel particularmente alto de malestar. Desde mi perspectiva, "la declinación de la cultura del libro" es una oportunidad para resolver o al menos hacer más explícitas estas tensiones. Es que hay un sistema alternativo emergente. En este otro sistema alternativo hay actores que no estaban hasta hace muy poco en escena: los fabricantes de los artefactos para la lectura, Apple, Amazon, etc., entidades de tal dimensión que hacen que los grandes grupos editoriales aparezcan casi como pequeñas empresas. La amenaza que creemos percibir en virtud de su presencia es la de una concentración de las vías de publicación muy mayor que la que habíamos conocido. No es motivo de calma la ferocidad con que las empresas en cuestión se disputan la definición de los estándares. Pero este aspecto del proceso general no es el único: una cantidad de canales nuevos se han abierto para que quien sea distribuya lo que sistemática o casualmente produce, sin necesidad, por otra parte, de satisfacer las demandas de formato que la producción industrial del libro impone. Me refiero a los volúmenes mínimos o máximos de páginas, la cantidad de ejemplares, la definición de géneros que reclama el sistema de bibliotecas y librerías que todos conocemos. Estos formatos pueden ser incitaciones pero también obstáculos para la imaginación literaria: no sabemos, no podemos saber de qué producciones nos han privado, que textos han dejado de ser escritos, qué proyectos de publicación han sido abandonados antes incluso de empezar a causa de la evaluación que sus posibles generadores realizaron del campo de posibilidades que la cultura en particular manda.

Quiero proponer aquí una primera fórmula, un ayudamemoria, un apunte que puede que nos sirva más tarde: en esta dimensión, como en muchas otras del presente, la tecnología y los procesos de definición institucional que favorece inducen una modificación en el reparto de los beneficios alojados en el sistema. ¿Quién controla la circulación de ofertas y retribuciones disponibles en torno a la producción de actos estéticos de lenguaje? En el contexto de la cultura del libro, los editoriales y las librerías; en la cultura que parece emerger, los que sean capaces de imponer estándares tecnológicos, por un lado, y los productores individuales o los grupos pequeños de productores, por el otro.

Decía que hace diez años la discusión que manteníamos volvía una y otra vez a una oposición: la oposición entre el libro como artefacto de bordes fijados y que solicitaba una lectura sucesiva de las partes del texto que fijaba, por un lado, y, por el otro, la red como espacio donde la clausura de los fragmentos era siempre revocada por referencias cuya multiplicación le imponía al lector que siguiera trayectorias siempre variables. Algunos, decía también, veían esto con horror y otros con entusiasmo. Pero la situación en la que vamos encontrándonos no les da la

razón a ninguno de los dos bandos. ¿Qué situación? Una donde los objetos que se apropian de una parte del tiempo que le dedicábamos a los libros son las tabletas, iPads y Kindles. Y las tabletas favorecen los objetos al menos parcialmente clausurados: apps o libros digitales. Una vez más, esto puede ser visto como una virtud o como un problema: como una retirada respecto al ejercicio radical de la navegación que tal vez nos parecía deseable o como la aparición de un espacio donde puede desplegarse la clase de lectura sostenida que nos parece esencial que subsista. En muchos aspectos, es posible que, si la forma se generaliza, favorezca la distribución de objetos que tengan muchos de los atributos del volumen. Pero otras cosas no pueden no ser diferentes. Una cosa que favorecen es el texto revisable, la multiplicación de las prepublicaciones y las pospublicaciones, acompañadas todas de intervenciones semipúblicas, un trabajo de escritura menos orientado a la proposición de formas finales que al ensayo de desarrollos progresivos. El gran drama de la publicación, evento masivo e irreversible, se desmultiplica en una multitud de pasos de melodrama o de comedia. De ahí una segunda fórmula: una cultura de lo escrito (de lo literario, si quieren) que no estaría determinada tan estrechamente por la forma del libro es una cultura que caracteriza una forma diversa de temporalidad, una duración estructurada por procesos de límites nebulosos más bien que por la articulación de grandes bloques de acción interrumpidos por transiciones puntuales.

La publicación en formatos digitales asocia el escrito con la imagen y, sobre todo, con el sonido. Subrayo esto porque hay una tendencia persistente y no necesariamente reflexiva a pensar en algo así como "la declinación de la cultura del libro" en términos del ascenso al predominio de la imagen. Pero los medios digitales hacen posibles asociaciones del texto y el sonido y permiten operaciones de la voz que la cultura del libro ha desfavorecido. Entre lo que llamamos literatura y lo que llamamos música las relaciones no tienen que ser las que habían sido. Las emisiones, las improvisaciones, las formas pasajeras pueden llegar a tener un lugar entre nosotros que ahora no tienen. Podemos aprender del arte de la radio. Hasta hace poco, una de las distinciones que estructuraban nuestra comprensión de lo que fuera que llamábamos literatura es la que ponía de un lado a la práctica de lo escrito y del otro a la oralidad. Muy bien, objetos que asocien elementos de una cosa y de la otra son crecientemente comunes y, a la larga, inevitables. De ahí una tercera fórmula: los objetos que debieramos esperar que se volvieran normales asocian el escrito con el sonido y la imagen de maneras que, si bien estarán seguramente emparentadas con formas existentes (el cine, el comic, la canción), serán con toda certeza nuevas.

Esto demanda una definición nueva de las competencias. La cultura del libro les permitía a los escritores concentrarse en la producción de edificios de palabras cuya materialización en páginas o tipos no deseaban ni podían, en los casos normales, controlar. La cultura del libro fue desde el principio una cultura de especialistas. Exigía y exige la participación de una variedad de

tipos profesionales: escritores, editores, tipógrafos, ilustradores, cada uno concentrado en su área específica, desplegando las habilidades y talentos propios de su área. En los casos más comunes, estas partes pueden interactuar muy poco (las pruebas de tapa que recibimos cuando están ya casi impresas o las fotografías que enviamos para que sean incluidas en esas tapas). Todo sucede entre cubículos, los intercambios pasan por interfaces bien definidas y estrechas. Las grillas imperan. Pero cuando los imperativos de la cultura del libro determinan menos las acciones, cuando además las expectativas de los lectores son tan diferentes que lo que solían, cuando las posibilidades de articulación de textos, imágenes, sonidos son tanto mayores, se vuelve deseable e incluso imprescindible el diseño de otras maneras de trabajar, la recombinación de formaciones e incluso la reevaluación del valor de lo profesional. De esto se sigue una cuarta fórmula: la declinación de la cultura del libro es un momento de definición de otros tipos humanos.

Lo que sucede aquí, entre nosotros, es apenas un caso particular de una transformación más general de la figura de lo humano. Este cambio no tiene el carácter apocalíptico que en algún momento esperamos que tuviera. No sucede a través de actos espectaculares de desubjetivación o resubjetivación. No tiene lugar necesariamente al nivel de lo que estamos más dispuestos a considerar "político" (como es el caso de las formas de subjetividad que emergen en torno a los movimientos sociales). Sucede cada vez que nos asombramos por la capacidad de un mecanismo nuevo, cada vez que nos fijamos en tal o cual artículo sobre los avatares de la transmisión genética o el automatismo de tal o cual reacción individual, cada vez que, de visita al médico, lo interrogamos sobre las prácticas que podemos esperar que incrementen nuestra capacidad de escribir o nuestro nivel de felicidad. La relación con nosotros mismos y con los otros que vamos entablando es muy diferente a la que manteníamos. Somos individuos (somos tal vez más individuos que lo que solíamos), pero reconocemos en la práctica que los límites entre las partes que componen el juego del mundo son infinitamente más inciertas que lo que incluso en nuestros días más lúcidos propendemos a reconocer. Aceptamos casi sin pensarlo una serie de presuposiciones. La presuposición, por ejemplo, de que no tenemos acceso directo a los determinantes de nuestras decisiones: leemos lo que podemos en los signos que provienen del laberinto de nuestros pensamientos y de nuestras enigmáticas acciones; la presuposición de que nuestros pensamientos, instintos, emociones son correlativos a estados del sistema nervioso, y que, por lo tanto, intervenir en nuestro entorno interno a través de drogas o ejercicio, dieta o meditación, es razonable y en muchos casos mejor que hacerlo a través de operaciones discursivas; la presuposición de que los cuerpos y las máquinas (particularmente las computadoras) no tienen naturalezas diferentes: son partes discretas de redes que inician, canalizan y concluyen acciones; la presuposición de que una satisfacción última es imposible e incluso

indeseable, y que una condición estable y sostenida de auto-regulación más o menos óptima es el estado hacia el que deberíamos orientarnos.

Y los libros, naturalmente, vienen a ocupar otro sitio en esta constelación variable. La lectura de libros (es decir, la lectura de una clase de libros: colecciones de poemas o ensayos, pero sobre todo novelas) es (no voy a decir "era") un componente de una manera de vida. En el contexto de esta manera de vida, los individuos establecían una relación entre las cosas que hacían en la página sujetos de papel y las cosas que ellos hacían en el mundo. Irse de viaje, dejar el trabajo, tomar las armas, abandonarlas, empezar relaciones y después terminarlas: estas cosas nos ayudaban a hacer las novelas (y a veces los poemas o las colecciones de ensayos). Hubo un momento en que no era razonable ser la clase de gente que llegamos a ser: individuos capaces de definir sus propios deseos y de ajustar sus acciones para alcanzar la satisfacción de esos deseos sin atenerse (o ateniéndose mínimamente) a las recomendaciones o los mandamientos que una tradición podía darles. Individuos para los cuales el descubrimiento de la propia individualidad era la clave para alcanzar ese valor de los valores que es la dignidad. La dignidad del individuo: lo que llamamos "literatura" está muy profundamente asociado a este valor. ¿Nos siguen ayudando? No tengo una respuesta a esto. No sé quién puede tenerla. Y tampoco tengo ya más tiempo de seguir encadenando estas consideraciones dispersas.